

LEILA NACHAWATI

Cuando la
revolución termine

Índice

PARTE PRIMERA

- Diario de Sarah, 13
- Libro de Mazen, 20
- Libro de Wafa, 52
- Diario de Sarah, 104
- Libro de Yamal, 123
- Libro de Hussein, 131
- Libro de Osama, 140
- Libro de Rudayna, 151

PARTE SEGUNDA

- Diario de Sarah, 175
- Libro de la utopía, 191
- Diario de Sarah, 250
- Libro de las pesadillas, 264
- Diario de Sarah, 325

Nota final y agradecimientos, 337

Glosario, 341

*A Luay y a Siro,
que ojalá puedan ver un futuro mejor.*

Los expertos en certificar la muerte no lloramos.
Razan Zeitouneh

Parte primera

Diario de Sarah

Madrid, julio-agosto de 2014

Llevo dos años y medio sin ver a tu padre. Nadie ha sabido de él desde que desapareció en las afueras de Duma, así que no puedo hacer otra cosa que esperar. La Sarah de 2011 habría corrido a buscarlo sorteando minas y cascotes en calles plagadas de francotiradores. No por valor, sino por desesperación, porque el terror de pisar el nido de psicópatas habría resultado más soportable que la angustia de imaginar esos dedos de alimañas sobre su piel. La Sarah de 2014, en cambio, te tiene a ti, que eres mucho más importante que mi vida, y más importante que la de tu padre. Como yo no soy una verdadera revolucionaria, no sé si sacrificaría mi propia vida, pero estoy segura de que no sacrificaría la tuya, como sí hicieron con la de sus hijos el heroico Abu Ali, de Alepo, y su esposa Om Ali. Los revolucionarios como ellos, como todos los que se quedaron con su familia en zona de guerra, eligieron apostar todo a una sola carta para que sus hijos tuviesen, algún día, una vida que mereciera la pena. Yo no soy valiente ni heroica, y elijo tu piel suave y caliente bajo las mantas, tus rizos pegados a las sienes, tu olor a sudor y a leche tibia, tu respiración. Y creo que ni la causa más noble sería capaz de hacerme renunciar a todo eso.

Así que espero y espero, una vida en espera a la que solo tú y la propia espera dais sentido. Algunos días espero con euforia, porque

si no hay un cuerpo que velar, hay que celebrar la posibilidad de que pueda estar vivo. Otros días espero con rabia, porque si no hay cuerpo, no puedo velarlo y, si lo hay, lo estarán atormentando sin consuelo, como ya hicieron durante semanas en la Sección Aérea de los servicios secretos. Sin el consuelo de saber que te tiene, que te tenemos, que incluso si perdemos la revolución, a ti te tendremos siempre. Otros días espero con una tristeza inabarcable que me impide salir de debajo de las mantas para ir a recogerte a casa de la abuela, una tristeza que ni tus abrazos pueden curar. Y mientras espero, temo volverme amarga, alejándome de la persona que era. Para no caer en la amargura, escribo este libro. Para que tú conozcas el pasado del que venimos y el futuro que sueño para nosotras.

HAY AÑOS que una ve pasar por delante y que solo con el tiempo y la perspectiva coloca en el lugar que les corresponde. Una no es consciente de las huellas profundas que ese tiempo ha ido imprimiendo hasta que lo valora con distancia. Pero 2011 no fue uno de esos años. En 2011 teníamos la impresión, no, la certeza, de estar haciendo historia. La voluntad, la determinación, la firmeza de estar escribiéndola cada día. De contarla mientras la construíamos, movidos por el desprecio hacia unos gobernantes que nos despreciaban. 2011 todavía me duele. Me pone nostálgica, me llena de una esperanza furiosa que no sé cómo canalizar, de una rabia retroactiva que no hay contra quién descargar. Para que sepas quiénes eran realmente tu padre, tus abuelos, quién soy yo, quién eres tú, quiero contarte ese año que lo cambió todo. Lo cambió todo para el mundo y lo cambió todo para mí, porque sin 2011 no existiría lo más importante de mi vida, que eres tú, mi pequeña Sham. Siempre has sido tú, aunque a veces no haya sabido, no sepa, no sabré transmitirlo.

Esta mañana me ha despertado un intenso olor a cebolla dorándose a fuego medio en mantequilla. He pensado que estaba en Damasco, pasando uno de tantos veranos en la casa de mi padre. El

olor entraba por la veranda impregnando las cortinas, cebolla dorada y dulce inundándolo todo, extendiéndose melosamente por la garganta, abriendo los pulmones e invitando a fantasear. ¿Un arroz con guisantes, piñones y carne picada? ¿Un sofrito para judías verdes con tomate? ¿Un relleno para *kusa* al horno? Por un momento creí que lo ocurrido estos tres últimos años había sido una pesadilla, que Siria seguía siendo como yo la recuerdo. Atterradora pero hermosa, entera, viva. Que no hubo represión, ni guerra, ni genocidio. Que los cuerpos no se amontonan bajo los escombros, que los edificios siguen en pie, que no han muerto cientos de miles, que millones no han perdido sus hogares, que no son recibidos en medio mundo como apesados y con indiferencia o cansancio en el otro medio. Ya despierta, me abandoné a esa idea, fantaseando con la Siria que conocí y que ya no está, que ya no es. Reviviéndola, oliéndola, saboreándola.

Fantasear con la posibilidad de dar marcha atrás es una trampa que parte de la falsa premisa de que había opciones. Implica, también, faltar al respeto a Ghiath Matar y a los que como él dieron un paso adelante por el bien de todos. A tu padre, que solía decirme que cuando un pueblo es de repente consciente de hasta qué punto ha estado sometido, le resulta impensable soportarlo un día más. Que no hay marcha atrás, solo hacia adelante. Lo decía cuando lo conocí y lo seguía diciendo cuando nos despedimos, a pesar del dolor, o quizás a causa del dolor. Reafirmado por el dolor.

Escribir me da fuerzas, me alivia y me ordena. Siento que contándote lo que sucedió en 2011 me recupero, me acerco un paso más a la posibilidad de mirar a tu padre sin miedo ni vergüenza cuando volvamos a encontrarnos. Quiero que esté orgulloso de mí, que lo estéis los dos. Quiero, también, que la memoria de ese comienzo revolucionario no se pierda, que no olvidemos que nuestra causa era justa, que vencer no es convencer, que ni todas las derrotas del mundo pueden cambiar eso. Y quiero cumplir con mi palabra para no decepcionar a Wafa, a Mazen y a todas las personas a las que tuve la suerte de conocer. Les prometí que contaría su historia.

PARA PONER en orden lo que sucedió aquel año que lo cambió todo, debo remontarme un poco en la historia. A finales de 2010, antes de que comenzaran los levantamientos que marcaron lo que ha pasado a la historia como Primavera Árabe, nos encontrábamos en plena vorágine de cambios presididos por la irrupción de la tecnología en todos los ámbitos de nuestra vida. Éramos víctimas de una fiebre tecnológica que hacía que a menudo las herramientas nos impidiesen ver más allá de la superficie. Estábamos tan fascinados por aquellas novedades que hubo unos momentos de locura en los que se bautizó a los levantamientos de la región como *revoluciones Facebook*. Me imagino que para cuando puedas leer esto ningún chaval de tu edad sabrá qué es Facebook, pero en 2010 no estar en Facebook significaba no existir socialmente.

Antes de incorporarme a la Escuela de Idiomas, trabajaba en el departamento de *marketing* de una empresa de consultoría y formación. Cuando mis jefes descubrieron que tenía un blog, me encargaron la gestión de las plataformas que todavía hoy, en 2014, hacen furor: Facebook y Twitter. El puesto que ocupaba se llamaba *community manager*, y en los años siguientes fue ramificándose en otros, todos con nombres en inglés: *social media manager*, *social media strategist*, *social media consultant*, *search engine optimizer*, *search engine marketer* y muchos otros que se sucedían y diluían a medida que la comunicación en internet se iba extendiendo. La empresa, como tantas en esos años, pasó de no tener presencia en internet a poner todas sus expectativas en la tecnología, pensando que esa innovación les salvaría la vida. De un día para otro se pasó de bloquear el acceso de los empleados a todos los sitios que no estuviesen estrictamente relacionados con el trabajo, especialmente las redes sociales, a obligarlos a hacerse perfiles en esas mismas redes. Desde

la distancia sonará absurdo, infantil, pero así éramos entonces. Niños fascinados por la tecnología.

Fue precisamente a través de esas herramientas como entré en contacto con la gente con la que tanto compartiría a partir de entonces. Empecé a conocer a decenas de activistas de Irán, Túnez, Marruecos, Egipto, Baréin, Libia, Argelia, Siria y de tantos otros de esos países que nos habíamos acostumbrado a ver en los medios occidentales asociados a imágenes de extremismo y de violencia, y de los que poco más se contaba. Leía todos los análisis y reportajes que se escribían, le fui dedicando cada vez más tiempo. Comencé a colaborar con la plataforma Global Voices, en la que hice grandes amigos con los que pronto compartiría momentos inolvidables. Empecé a llevar una especie de doble vida, trabajando ocho horas al día por dinero y otras ocho alimentada por esa pasión que me descubría una cara del mundo desconocida y fascinante. Nunca en tantos veranos visitando a mi padre en Damasco había conocido a un solo activista sirio. Conocería a muchos a partir de entonces.

Los últimos ataques israelíes a Gaza están siendo un constante *déjà vu*. Las mismas declaraciones, las mismas excusas, los mismos nombres épicos para el acto de bombardear la franja de tierra más superpoblada del mundo. Te llevo a la manifestación del 20 de julio, de Cibeles a Sol, contra la Operación Margen Protector, cuando se cumplen cinco años y medio de la Operación Plomo Fundido.

Mucha gente me pregunta por ti, vienen a hacerte carantoñas, «qué preciosa está», «es increíble cómo se parece a su padre», dicen los que lo conocieron. Tú miras alrededor maravillada, te revuelves para que te deje en el suelo y puedas explorar el terreno a tus anchas. Veo en tus ojos castaños el mismo brillo que en los de él, la misma curiosidad fascinada cuando pisó Madrid por primera vez.

Busco a mis sirios, que ya están en cabeza sosteniendo una bandera de la revolución. Una sencilla bandera blanca, verde y ne-

gra, con la palabra *hurriya*,* «libertad», escrita en el centro, provoca agitación entre los asistentes. «Esto no va de Siria», los aborda un grupo de adolescentes españoles. «Palestina y Siria son una sola causa», les explica May, una joven hispanolibanesa, con paciencia infinita. «¿Acaso no habéis visto lo que está haciendo Asad a los palestinos de Yarmuk?», añade Laila, una amiga hispanosiria. Estrecho la mano al que alza la bandera y le pido que haga oídos sordos. Luego me alejo, contigo de nuevo en brazos. No quiero ver a los dogmáticos, no quiero oírlos ni dialogar con ellos, al igual que tampoco tengo intención de sentarme a charlar con Al Qaeda ni con ninguna de sus escisiones. Mientras nos echamos a un lado, oigo a un adolescente con gafas murmurar algo sobre los rebeldes sirios. «Gracias a vuestro apoyo ahora se está instaurando un califato en la región», masculla, frunciendo la nariz.

Seguiré acudiendo a las manifestaciones por Palestina, pero hace ya tiempo que no encuentro en ellas alivio ni desahogo. Ningún vínculo me une a esa extraña empatía selectiva.

«¡Arriba esa bandera!», oigo a mis espaldas la agradable voz de Adnan, mi amigo el librero y traductor palestino. Él mismo coge la bandera de la revolución siria y comienza a ondearla con aire festivo. Se vuelve para guiñarme un ojo y recuerdo nuestra conversación, tres años atrás.

Adnan lleva décadas viviendo en Madrid. Es un hombre de energía inagotable y contagiosa que no perdona una manifestación. Como tantos palestinos, luce en la pared de su sala de estar la llave de la casa que su familia se vio obligada a abandonar de madrugada y a la que nunca les dejaron regresar. Aquel episodio y el modo en que lo recreaban algunos medios era uno de los pocos asuntos que conseguían sacar a Adnan de quicio.

* Se puede consultar un glosario de palabras en árabe incluidas en el texto a partir de la página 341.

—¿Voluntariamente?! ¿Todavía se atreven a decir que nos fuimos voluntariamente? —Enrojecía de ira cada vez que alguien se lo recordaba—. ¡Que me miren a la cara y me digan que mis padres y mi abuelo de ochenta años, que apenas podía caminar, se fueron de allí voluntariamente con cuatro trapos metidos en una bolsa! ¡Sinvergüenzas...!

Adnan nos acompañaba a menudo en las concentraciones que celebrábamos cada domingo frente a la embajada siria entre abril y diciembre de 2011. Una mañana de agosto, tras la masacre de Ramadán en Hama, nos vio tan alicaídos que nos reprendió.

—Arriba esa bandera, gente. Que con estos ánimos no se nos va a acercar nadie.

—Cómo quieres que estemos, Adnan —le dije—. Hoy ha habido más de cien muertos, solo hoy, y la mitad eran niños. Esto es insoportable.

—*Ya Sarah, por insoportable que sea, tienes que recordar siempre lo afortunada que eres.* —Y entonces añadió algo que recordaré siempre, algo que le recuerdo a él cada vez que nos encontramos—: Tienes mucha suerte porque tienes una causa. La mayoría de la gente pasa por la vida sin esto que tenemos nosotros. Sin una razón por la que vivir, sin algo infinitamente más grande que ellos mismos, que su vida, que sus alegrías y sus penas. Yo tengo una causa y mi causa me hace ir por la vida con orgullo, con la cabeza muy alta. Yo soy palestino. Yo soy palestino —repitió, con ese sonido más parecido a una be que a una pe que raramente abandona a los árabes de Oriente, pasen los años que pasen hablando otro idioma—. A ver, dilo tú: «Yo soy siria».

—Yo soy siria —dije sonriendo.

—Así no, con fuerza. Dilo bien.

—YO SOY SIRIA.

Libro de Mazen

*Damasco,
la vida antes de la revolución*

YARMUK

«Yo soy palestino», se presentaba Mazen Said aunque hubiese nacido en Siria. Era una identidad transmitida por su padre, nacido en el *mujayam* Yarmuk a finales de los años cincuenta, cuando este era aún un campo de refugiados, y en especial por su abuela, que nunca superó la caída de su ciudad, Safed, en manos de los paramilitares de la Haganá. El alimento cotidiano de historias y recuerdos de Om Saleh les había legado su memoria, su desarraigo y su nostalgia.

Esa conciencia de lucha colectiva en la que había crecido le hacía mirar con cierta superioridad a sus vecinos y compañeros sirios, incluso a los más queridos. No concebía cómo aquel pueblo, su pueblo de acogida, podía soportar desde hacía tantos años el yugo de la familia Asad sin oponer resistencia. Los sirios permitían, generación tras generación, que los pisoteasen, que los espiasen, que los manipulasen, que les lavasen el cerebro, que les dictasen cómo pensar, cómo vivir, cómo respirar. Lector infatigable de la sección internacional de los periódicos, Mazen estaba convencido de que se levantarían antes los norcoreanos que los sirios. Por eso, cuando percibía alguna mirada de altivez mal disimulada, como las de la madre de su amigo Walid, conocida como la Barbie del Baramke, Mazen se recreaba en

el contraste entre ser palestino y tener una causa y ser un botarate de mirada vacía, como tantos que se cruzaba a diario.

Esos eran sentimientos comunes en Yarmuk, el mayor campamento de refugiados palestinos del país. Aunque había surgido en 1957 en lo que eran las afueras de Damasco, el *mujayam* se había expandido hasta convertirse en una extensión del centro de la ciudad. Un barrio, ya sin tiendas de campaña ni chabolas, que de campamento solo mantenía los orígenes. A finales de 2010, lo poblaban más de cien mil habitantes, buena parte de ellos sirios de otras zonas atraídos por el crecimiento económico del barrio, un núcleo de actividad vibrante, con bulevares plagados de tiendas de ropa, mercados de fruta y verdura, papelerías, talleres de coches, peluquerías, colegios y hospitales. Convivían en el barrio el vecindario de la zona popular de Daf al Shouq con las viviendas de clase media del mercado de Lubia y la calle Yarmuk. Sin embargo, a ojos de gran parte de la clase media-alta damascena, los suburbios eran un todo homogéneo que permanecía fuera del radar y al que jamás se le ocurriría asomarse.

Durante años, el régimen sirio se había beneficiado del fervor popular que despertaba la cuestión palestina esforzándose en presentarse como el adalid de la resistencia contra Israel; gracias a ello, los refugiados palestinos habían logrado un margen de libertad del que carecían los sirios.

Mazen recordaba con nostalgia los largos viajes en autobús a mediados de los noventa para los entrenamientos militares organizados por el Comando General de la Organización para la Liberación de Palestina, recorriendo escarpadas montañas hasta llegar a Trípoli, mientras cantaban a voz en cuello el himno palestino. *Fida'i, fida'i, fida'i...* La camaradería, la organización en patrullas de limpieza y cocina, la sensación de pertenencia, incluso los ma drugones para aprender a manejar kalásnikov más largos que su brazo. Se les recordaba que eran palestinos y que algún día regre-

Glosario

- Abaya: Túnica larga hasta los pies que se usa sobre la vestimenta en los países árabes y en el norte de África.
- Abu: Padre de (véase *kunia*).
- Abu surra: Naranjas *navel*.
- Aeb alekom: «Qué vergüenza».
- Ahlan (wa sahlan): Forma de saludo, bienvenida.
- Ajnabie: Extranjera.
- Aleikum al salam: «Y contigo sea la paz», respuesta al saludo *Salam aleikum*.
- Alhamdulillah: «Gracias a Dios».
- Alhamra: Marca de tabaco nacional.
- Allahu Akbar: «Dios es grande».
- Amme: Tía paterna.
- Ammia: Dialecto sirio del árabe.
- Ammo: Tío paterno.
- Amn: Servicios de seguridad.
- Anise: Señorita (se utiliza con las maestras).
- Arada: Baile tradicional que se ejecuta en bodas y ocasiones especiales.
- Araq: Bebida alcohólica parecida al anís que se consume en los países del Levante mediterráneo.
- Ashura: Festividad religiosa islámica.
- As-salamu alaikum wa rahmatullahi wa barakatuh: «Que la paz y bendiciones de Dios estén contigo».
- Baaz: Partido del Renacimiento Árabe Socialista, que llegó al poder en Siria mediante golpes de Estado en 1966 y 1970.
- Bab al Hara*: Telenovela rodada en Siria que se emite durante el mes de Ramadán en todo el mundo árabe. Está ambientada en el siglo xx, en la época de entreguerras, cuando Siria se encontraba bajo dominio francés.
- Baba ganush: Crema de berenjena asada con salsa de sésamo y granada.
- Bajil: Tacaño.